

## EL INTRUSO

Antonia no se lo podía creer. Por más que miraba no lo entendía. ¿Estaría soñando? Cada vez que abría el cajón de los calcetines veía todos sus preciosos calcetines, algunos coloridos, otros negros con puntitos, sucios, húmedos y lo peor, jagujereados! Se vistió corriendo (aunque no se puso calcetines) y salió de su habitación. Llegó a la habitación de su hermano Miguel, donde dio una fuerte patada en la puerta, y esperó. Al ver que nadie respondía entró hecha una furia y vio que su hermano seguía dormido. Le extrañó que la patada no le hubiera despertado pero tratándose de su hermano cualquier cosa era posible. Le despertó muy bruscamente, por lo que él dio un respingo en la cama. “¡Oye!, ¿qué te pasa?”, preguntó confundido. “¡Lo sabes de sobra, ¿cómo se te ocurre?, ya no me quedan calcetines!”, exclamó Antonia a punto de estallar. “No tengo ni idea de lo que les pasa a tus calcetines pero si quieres te dejo algunos”, respondió Miguel. “¡Yo no quiero tus calcetines!”. Pero ya era tarde porque Miguel había abierto su cajón de los calcetines y había gritado de una manera alucinante.

Al minuto los padres de Antonia y Miguel entraron corriendo en la habitación, seguidos por la pequeña de la familia, María, que gateaba todo lo rápido que le permitían sus bracitos. “¿Qué pasa?”, preguntó el padre. Miguel señaló su cajón de calcetines y su padre se acercó para mirar al interior. “¿Qué has hecho?”, exclamó horrorizado. “¿Que qué he hecho? ¡Yo no he hecho nada!, gritó Miguel. Mientras, Antonia se había acercado al cajón. “¡Es exactamente lo mismo que les pasa a los míos!”, dijo sin apartar la mirada de los calcetines.

Pasaron varias semanas sin que nadie hablara de lo que les había pasado a los calcetines, aunque nadie lo había olvidado, cuando una mañana Miguel oyó a María llorar y subió a su pequeño cuarto. Cuando abrió la puerta de la habitación lo embargó una sensación tremenda de frío, vio la ventana de la habitación abierta del todo y a María sin manta y tiritando. Miguel cogió a María en brazos y la dejó en el pasillo. Mientras ella se alejaba de la habitación a gatas, Miguel fue a cerrar la

ventana y vio que no tenía cristales. Se asustó bastante y por primera vez en muchas semanas se acordó de lo de los calcetines.

Aquella noche, después de contarles a sus padres lo ocurrido en el dormitorio de María, Miguel se tumbó en su cama pero no durmió. Miró el pasillo durante largo rato hasta que vio algo por lo que no pudo gritar del miedo que sentía. Era una larga figura que brillaba con un tono azulado. No tenía ni idea de por qué, puesto que cuando él veía una película en la que los personajes se encontraban en una situación parecida y se levantaban de la cama, solía pensar que debían de ser tontos, pero en esa situación Miguel decidió levantarse e ir sigilosamente al cuarto de su hermana. Cuando despertó a Antonia y le contó lo que había visto, salieron de la habitación y encontraron a aquel ser sacando el relleno de los cojines del salón. Ninguno se atrevió a acercarse y no pudieron hacer otra cosa que salir corriendo.

Al día siguiente Antonia escuchaba música tumbada sobre la cama, arrepintiéndose de haber huido la noche anterior, cuando Miguel entró precipitadamente. “¡He encontrado lo que vimos anoche!”, exclamó dejando un pesado volumen sobre la cama. “¿Qué era?”, preguntó Antonia, aunque no estaba segura de querer conocer la respuesta. “Un krío”, contestó Miguel disfrutando de la cara de desconcierto de Antonia. “¿Un qué?”, contesto esta. “Un krío, significa friolero en griego, es un ser que en verano vive en los bosques y no se acerca a las personas, pero en invierno necesita el calor que hay en las casas. Por eso ahora hay uno aquí”, explicó Miguel. “¿Y tú crees que es eso lo que hizo lo de los calcetines y la ventana de María, y de ser así por qué lo hizo?”, preguntó María. “Sí, fue él y lo hizo porque se aburría”, respondió Miguel con total tranquilidad, detalle que Antonia no pasó por alto. “¿Por qué estas tan tranquilo, sabes como echarlo de casa?”, preguntó imaginándose formas disparatadas de echar al krío. “Mira por la ventana”, dijo Miguel sonriente. Antonia miró y vio la nieve de la calle convertirse en agua, las flores crecer, las mariposas volar y el sol haciendo brillar las aceras. “Ha llegado la primavera, el krío se irá solo”, dijo Miguel.

AUTOR/A: CEREZA